

Modos de ser

¿Quién mató a Maximino Ávila Camacho?

Ignacio Solares

Aquella mañana, el presidente Manuel Ávila Camacho recibió en su despacho de Palacio Nacional a Gonzalo N. Santos. Un chorro de luz amarilla entraba por un balcón entreabierto y caía como una materia sólida sobre la gruesa alfombra color vino. Se sentaron en los sillones de cuero oscuro con tazas de café en las mesitas de los lados. Gonzalo era un hombre grueso, calvo, con chispeantes ojos azules. Hablaba con una voz chillona, una octava más alta de lo normal. El presidente en cambio mostraba en aquellos momentos su serenidad habitual que, sin embargo, escondía una extraña vulnerabilidad ante ciertos temas, como le tocó aquel día.

—Querido compadre. Quiero reconocerte que tú has salvado al país en dos graves ocasiones, durante elecciones presidenciales —Gonzalo abrió una discreta sonrisa—. Primero evitando que el tal Vasconcelos llegara a la presidencia y, luego, lo mismo conseguiste con Almazán —hizo una breve pausa, en que se remarcaron las comisuras de sus labios—. Hoy el país requiere nuevamente, por tercera vez, de tus servicios, querido compadre... A ver si me entiendes. Mi hermano Maximino no puede llegar a la presidencia —lo dijo rápidamente, con un largo suspiro al terminar.

Gonzalo no contestó y dejó que el presidente continuara, ya abiertamente emocionado.

—Sé que tú tienes una gran ascendencia sobre él. Te estima y cree todo lo que le dices. Él mismo me lo ha confesado. Necesito que lo convenzas de que deje de soñar con sus aspiraciones a postularse como candidato, ahora que se acercan las elecciones.

Gonzalo le mostró las manos abiertas.

—Señor presidente, tú sabes que siempre estoy y estaré dispuesto a servir a mi patria en cualquier momento en que requiera de mis servicios. Muy especialmente durante las elecciones presidenciales.

mi propio hermano, cuando todo el país sabe de sus chifladuras?

Al día siguiente, al mediodía, Gonzalo fue a ver a Maximino a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.



Maximino y Manuel Ávila Camacho

—Lo sé, y por eso recurro a ti. Maximino no sólo es mi hermano mayor, es mi padre, pero cuando se ocupa un puesto de tan alta responsabilidad como el mío, se tiene la obligación de reconocer los defectos del propio padre. Mi hermano está enfermo desde niño —los ojos se le humedecieron al decirlo—. No es normal, ¿comprendes? —Gonzalo respondió afirmativamente con la cabeza, entrecerrando los ojos—. Pero, a pesar de su enfermedad, escucha a ciertas personas. A mí ya no. Pero a ti sí. Convéncelo de que es una locura lo que pretende. ¿Me imaginas cediéndole la banda presidencial a

—El señor secretario está en una reunión muy importante y pidió que no se le molestara por ningún motivo —le dijo la secretaria al llegar.

—Dígale que lo busca Gonzalo Santos.

Un momento después, Gonzalo entró al despacho. La “reunión muy importante” era con Conchita Martínez, una tonadillera y bailarina española, de la que andaba “encaprichado”. Cuenta Gonzalo en sus *Memorias*: “Como el marido de Conchita había dado muestras de ‘incomprensión’, Maximino le mandó dar una paliza y lo expulsó del país, quedándose con la guapa española”.

Estaban sentados en un sofá, bebían coñac y él la besaba en los labios y en el cuello. Ella tenía la blusa a medio abrir.

—¿Qué te trae por aquí, Pelón Tenebroso? —le preguntó a Gonzalo, sin dejar de besar a Conchita. Arrastraba la voz y Gonzalo supo enseguida que ya estaba medio borracho.

—Necesito hablar contigo un momento de algo muy importante.

—¿Muy importante?

—Mucho.

Separó a la mujer con un movimiento brusco en un hombro.

—Lo siento, mi amor, pero el Pelón Tenebroso sólo me interrumpe así cuando de veras se trata de algo importante. Espérame en la sala de juntas y al rato voy por ti.

Ya solos, se sirvieron una copa de coñac y Gonzalo fue al grano.

—Maximino, tú y yo nunca nos hemos andado con rodeos. Todo México

sabe de tus aspiraciones presidenciales. Hoy mismo, en *El Universal*, hay un editorial sobre el tema, criticando ferozmente a ti y al señor Presidente, tu propio hermano. No le puedes hacer esto, Maximino. Por él, por ti, por el bien de la patria y de la Revolución, a la que todo se lo debemos y de la que somos sus custodios.

Los ojos de Maximino se encendieron súbitamente. Gonzalo tuvo la impresión de que la borrachera se le bajó de golpe. Dio un golpe en la mesa de centro que hizo balancear la botella de coñac y se puso de pie.

—Mira, Gonzalo, sé que vienes enviado por mi hermano, quien me ha traicionado. Como lo oyes. No quiere que yo lance mi candidatura porque sabe que seré mejor presidente que él. Lo sabe. Desde niños me ha tenido envidia, porque soy más inteligente y hábil. Una envidia que lo ha enfermado y por eso ahora quiere postular a ese maricón de Miguel Alemán.

Señaló a Gonzalo con un índice tembloroso y habló en un tono de voz aun más alto.

—Pero a Miguel Alemán lo voy a mandar matar, ya lo tengo todo preparado. Te lo juro por mi madre Eufrosina, de la que mamamos del mismo pecho Manuel y yo —y Maximino besó la cruz.

—Todos van a sospechar que fuiste tú quien lo mandó matar.

—No me importa, con tal de deshacerme de ese maricón, protegido por mi envidioso hermano. Pero aunque sospecharan, no me podrían probar nada por cómo lo voy a hacer. Y en último caso, si después el gran poder de mi hermano fuera suficientemente fuerte para detenerme, ya he pensado a quién postularía en mi lugar, con todo mi apoyo y, ahí sí, nadie podría detenerme.

—¿Quién?

—Tú.

Los ojos de Gonzalo se abrieron muy redondos. Tragó gordo antes de contestar, con voz dubitativa.

—¿Te imaginas? Con lo amigo que soy de tu hermano. Hasta somos compadres. No me perdonaría nunca y aunque te deshagas de Alemán, no me dejaría llegar.

En sus *Memorias*, Gonzalo lo confiesa:

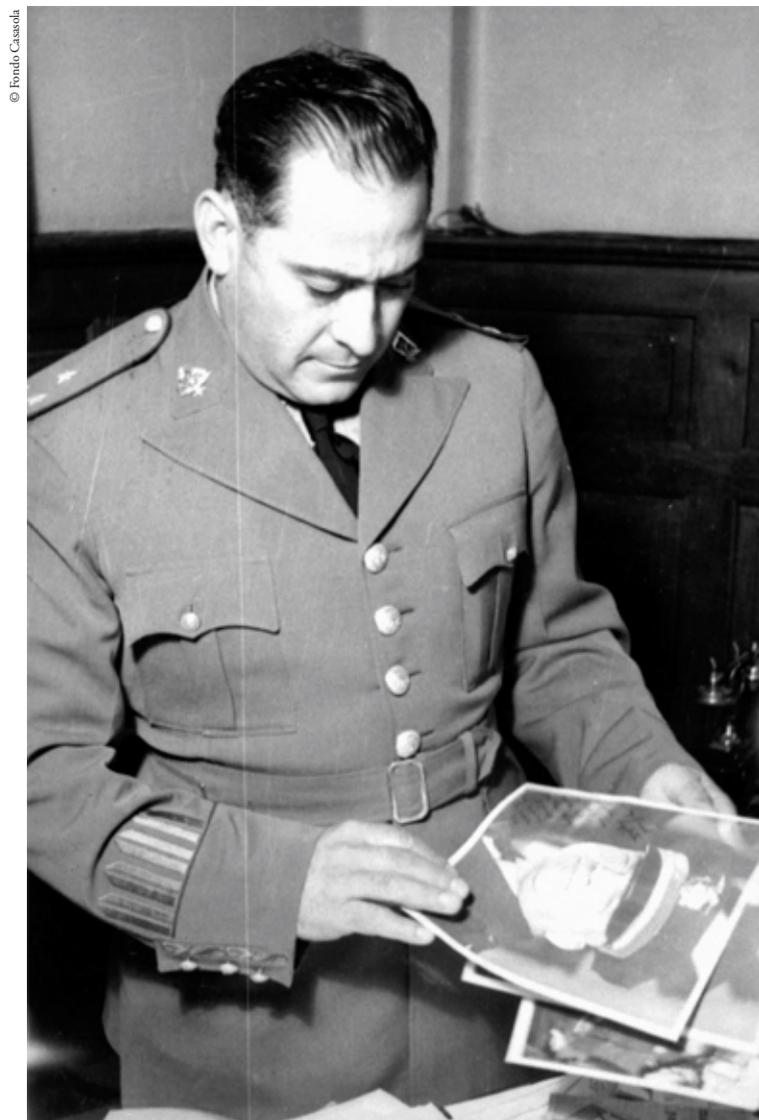
“Bonito papelón iba yo a hacer al presentarme al Presidente, quien me había comisionado para desalentar a Maximino en sus pretensiones y decirle: ‘Pues él ya está convencido de no jugar, señor Presidente, pero quiere que juegue yo’. Además de traidor hubiera aparecido a sus ojos como pendejo, que es peor”.

Y apenas con un punto y aparte, y sin mayor aclaración, Gonzalo cuenta:

“Apenas al día siguiente, en Puebla, se celebró un banquete de más de cinco mil cubiertos en honor de Maximino, donde hubo brindis políticos afirmativos y calurosos de adhesión incondicional ‘para lo que él mandara’. Pero de ahí del banquete se llevaron a Maximino moribundo a su casa, en donde luego falleció”.

Y con sólo otro punto y aparte remata:

“Con la muerte de Maximino, aceleré la campaña a favor de la candidatura de Miguel Alemán, de acuerdo con el Presidente Ávila Camacho”. **u**



Maximino Ávila Camacho